

pecho de todo. Aunque nada hiciera, permanecería en su sitio; no había de constar que lo abandonaba. Tras de lo cual, se decidió; estremecióse todo su cuerpo, como sacudido por un fuerte sollozo. Empuñó un cuchillo de ancha hoja, y se puso á rascar de un solo golpe, lenta, profundamente, la cabeza y la garganta de la mujer. Fué aquello como si realmente cometiera un asesinato de verdad, como si la aplastara; todo desapareció trocado en fangosa pasta. Entonces, junto al fulano con el chaquetón, de vigoroso color, entre los brillantes tonos de un verde subido, en medio de los cuales retozaban las dos luchadoras, con alegres notas, pareció tan sólo el tronco mutilado de la mujer desnuda, sin cabeza y sin pechos, vago manchón de cadáver, carne de ensueño evaporada, muerta.

Sandoz y Dubuche bajaban ruidosamente la escalera de madera. Y Claudio los siguió, con la horrible tortura de dejarla así acuchillada, con una llaga entreabierta.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA CENTRAL  
"ALFREDO VALLÉS"  
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

III

En los dos primeros días de la semana, Claudio estuvo desconcertado. Había caído otra vez en aquellas dudas que le hacían execrar la pintura, con execración de amante engañado, que

llena de insultos á la infiel, torturado, sin embargo, por el deseo de seguir adorándola; pero, el jueves, después de haber pasado tres días espantosos luchando vanamente y solo, salió á las ocho de la mañana, cerró con violencia la puerta tan disgustado de sí mismo, que se juraba no tocar un pincel en su vida. Cuando le trastornaba y desquiciaba una de aquellas crisis, sólo un remedio le quedaba: distraerse, largarse á disputar con los amigos, andar sobre todo, andar por París, hasta que el calor y el olor de la batalla que exhalaba el piso de las calles, volvieran á entonar su ánimo.

Aquel día, como todos los jueves, comía en casa de Sandoz donde había reunión. La idea de quedarse solo, devorándose á sí mismo, le desesperaba. Hubiera corrido directamente á casa de su amigo, á no haber dado en que éste se encontraría en su oficina. Luego se le ocurrió ir á ver á Dubuche, pero vaciló, porque su antigua amistad se iba enfriando de algún tiempo á esta parte. No sentía entre ambos la fraternidad de las horas de exaltación nerviosa; entreveía su falta de inteligencia sordamente hostil, y su diversidad de ambiciones. Sin embargo, decidióse á visitarle, y se encaminó á la calle Jacob, donde el arquitecto habitaba un mezquino cuarto en el piso sexto de una fría casa muy grande.

Llegaba Claudio al segundo, cuando la portera, llamándole, le gritó con agrio tono que Dubuche no estaba, y que no había ido á casa la noche precedente. Con paso lentó bajó otra vez á la calle, estupefacto ante tan extraordinaria ocurrencia: una escapatoria de Dubuche. ¡Inverosímil mala suerte! Así vagó un momento sin objeto alguno, abrumado por aquel último golpe. Mas al desembocar en la calle del Sena, sin saber hacia dónde ir, acordóse repentinamente de lo

que le había contado su amigo acerca de una noche en vela pasada en el taller de Dequersionnière, última noche de terrible trabajo, víspera del día en que los alumnos debían presentar sus proyectos en la Escuela de Bellas Artes. Inmediatamente dirigióse á la calle de Four, donde estaba el taller. Hasta entonces se había guardado muy beni de ir allí por Dubuche, temeroso de la gritería con que eran acogidos los profanos. Y esta vez iba á su encuentro resueltamente, envalentonado por la insoportable angustia de la soledad, hasta el punto de sentirse pronto á sufrir las injurias por conquistar un compañero de desgracia.

En la calle de Four, en el sitio más estrecho, estaba el taller metido en el fondo de un viejo caserón grieteado. Había que atravesar dos patios apestosos, y se llegaba por fin á un tercero, donde estaba plantada de través una especie de cobertizo cerrado, vasta sala de tablas y argamasa, que había servido antes á un embalador. Desde fuera, á través de las cuatro grandes ventanas, con los vidrios de abajo embadurnados de albayalde, sólo se veía el desnudo techo, blanqueado de cal.

Apenas hubo empujado la puerta, Claudio se detuvo inmóvil en el dintel. La gran sala se extendía con sus cuatro largas mesas perpendiculares á las ventanas, mesas dobles, muy anchas, ocupadas á uno y otro lado por los alumnos en hilera, atestadas de esponjas mojadas, tacitas, vasos de agua, palmatorias de hierro, cajas de madera, donde cada cual guardaba su blusa de dril, los compases y los colores. En un rincón, se enmohecía la abandonada estufa del pasado invierno, junto á un puñado de cok, sin barrer, mientras en el otro extremo colgaba una fuente de zinc, entre dos toallas. En esta sala desnuda y

descuidada, que parecía de un mercado, llamaban sobre todo la atención las paredes que mostraban arriba en fila sobre los anaqueles, ejemplares de yeso, que desaparecían más abajo tras un montón de carbatones, escuadras, paquetes de tableros atados con correas. Poco á poco, los trozos de pared despejados se habían ido ensuciando con inscripciones y dibujos, espumarajos que subían como los de una marea, arrojados como en las márgenes de un libro siempre abierto: la caricatura de algún compañero, perfiles obscenos, frases que hubieran ruborizado á un gendarme, sentencias, sumas, señas de domicilio; dominaba este conjunto como un tachado, en lugar más visible que el resto, la frase lacónica: «El 7 de Junio, Gorju ha dicho que se... en Roma: Godemard.»

El pintor fué acogido con sordo murmullo, rugido de fieras sorprendidas en su guarida. Dejóle inmóvil, sobre todo, aquel aspecto de la sala, la mañana siguiente de «la nuit de charrette» como llaman los alumnos de arquitectura en Francia á la última velada, al último esfuerzo. Desde el día anterior, toda la clase, sesenta alumnos, se hallaban encerrados allí; los que no debían presentar proyectos ayudaban á los otros, los rezagados, forzados á dar cuenta en doce horas de una tarea de ocho días. A partir de las doce de la noche, se habían atracado de carne de cerdo y vino común. A eso de la una, por postres, llamaron á tres señoritas de una casa vecina. Sin aflojar en la tarea, la fiesta paró en una suerte de orgía romana, entre la humareda de las pipas. Quedaban por tierra, como restos de la orgía, grasientos papeles, cascós de botella, turbios charcos que iba sorbiendo el suelo; y olía el aire á tufo de vela mal apagada, á vino, á tocador de mujer, y á salchichón. Acababan de abrir una

sola ventana; no había necesidad de que los vecinos se enterasen.

Algunos aullaron, con salvaje arrebató:

—¡Largo de aquí!... ¿A qué viene ese títere?... Largo... ¡fuera!

Claudio vaciló aturdido, ante aquel chaparrón. Se propasaban á veces á las mayores desvergüenzas; era lo más elegante; hasta los más distinguidos competían en palabras soeces. Serenóse é iba á contestar, cuando Dubuche vió que era él. Se puso colorado; detestaba tales aventuras; se avergonzó por su amigo y acudió á su encuentro entre la gran gritería que ahora se dirigía contra Dubuche.

En esto, por poco atropellan á Claudio, que iba á retroceder, dos jóvenes muy barbudos tirando de una carreta y corriendo desaforados. Esta carreta era la que daba nombre á la última noche de vela; ocho días hacía que todos los alumnos en retraso por las mezquinas tareas en que se ocupaban fuera de la clase, repetían la exclamación: «Oh que je suis en charrette.» En cuanto pareció, estalló un clamoreo formidable. Eran las nueve menos cuarto; tenían el tiempo preciso para llegar á la Escuela. En tropel, á la desbandada, dejaron vacía la sala en un abrir y cerrar de ojos; cada cual sacaba sus tableros entre los codazos de los demás, y los que se empeñaban en terminar un detalle eran arrebatados á empujones. En menos de cinco minutos, todos los tableros fueron apilados en la carreta, y los dos novatos, con sus barbas, se engancharon á ella como un tronco de animales y tiraron corriendo, mientras la gran corriente de los demás vociferaba y los empujaba. Como si se hubiera abierto una esclusa, atravesaron los tres patios como un torrente, é invadió, inundó la calle el largo séquito tumultuoso y dando aullidos.

Claudio, sin embargo, echó á correr junto á Dubuche, que iba detrás de todos, muy contrariado por no haber podido terminar cuidadosamente un lavado.

—¿A dónde vas, luego?

—Tengo qué hacer todo el día.

Al pintor le desesperó ver que de nuevo iba á quedarse sin amigo.

—Bueno, me voy... ¿Irás á casa Sandoz?

—Sí... me parece... como no me inviten en otro lado.

Ambos iban bufando. La pandilla, sin dejar su acelerado paso, alargaba el itinerario para pasear más tiempo el tumulto. Después de haber recorrido la calle de Four, dió la vuelta por la plaza Gozlin y embocó la de Echaudé. Iban á la cabeza, la carreta tirada á mano, con más fuerza que nunca, rebotando entre los desiguales adoquines, y haciendo dar lamentables saltos á los tableros de que iba atestada; el séquito venía á paso de carga, obligando á los transeuntes á arrojarse á la pared, para no caerse, mientras salían los tenderos con la boca abierta, creídos de que había algún motín. Todo el barrio estaba en movimiento. En la calle de Jacob fué tal el escándalo y la gritería, que se cerraron algunas persianas. En la esquina de la calle Bonaparte, uno alto, rubio, hizo como que cogía á una muchachita de servicio asustadísima, para llevarse-la; paja arrastrada por el torrente.

—¡Con Dios!...—dijo Claudio,—hasta luego.

—Sí, hasta luego.

Sin aliento, se detuvo el pintor en un rincón de la calle de Beaux-Arts. Enfrente, vió abierto de par en par el patio de la Escuela. Todo se sumió en él.

Cuando hubo respirado un instante se volvió por la calle del Sena. Su mala suerte se agravaba;

estaba escrito que no daría aquella mañana con un solo compañero; y retrocedió calle abajo con paso lento hasta la plaza del Panteón, sin propósito fijo; luego se le ocurrió que podía entrar en la alcaldía del distrito á dar un apretón de manos á Sandoz. Diez minutos largos. Pero quedó estupefacto, cuando le dijeron que M. Sandoz había pedido un día de salida para un entierro. Ya conocía él la treta; su amigo alegaba tal pretexto cada vez que deseaba trabajar á sus anchas en casa un día entero. Iba ya á su encuentro cuando le detuvo un escrúpulo de delicadeza, de fraternidad de artista, de honrado trabajador; era un crimen ir á estorbar al buen amigo y comunicarle el abatimiento de la impotencia ante una obra rebelde, cuando estaría él trabajando con éxito dichoso en la suya.

Desde aquel punto, Claudio no tuvo otro remedio que resignarse. Así fué arrastrando su negra melancolía á lo largo de los muelles hasta las doce, cabizbajo, y tan preocupado con la idea de su impotencia, que sólo veía los amados horizontes del río, á través de espesa bruma. A poco dió con la calle de la Femme-sans-tête, y allí almorzó en la taberna de Gomard, cuyo rótulo «Au chien de Montargis», llamaba su atención. Algunos albañiles, de blusa, manchados de yeso, comían en una de las mesas; comió su «ordinario» de ocho sueldos: su sopa de caldo y carne del cocido y verdura, en un plato húmedo aún de legía. Harto bueno era para un animal como él que no sabía ganarse la vida; cuando no lograba realizar una obra, se menospreciaba, se rebajaba, se decía inferior á aquellos peones de albañil, que al menos con sus robustos brazos salían adelante con su tarea. Una hora estuvo allí, hecho un tonto, oyendo las conversaciones

de los vecinos. Una vez fuera, volvió á su paso lento, andando al azar.

Pero al llegar á la plaza del Hôtel-de-Ville le hizo apresurar el paso una idea que se le ocurrió. ¿Por qué no había pensado en Fagerolles? Aunque alumno de la Escuela de Bellas Artes, Fagerolles era un gran muchacho, alegre, listo. Podía hablarse con él, hasta cuando defendía la mala pintura. Si había almorzado con su padre, calle Vieille-du-Temple, seguro que aún le encontraría allí.

Al entrar en la estrecha calle, Claudio sintió fresco. El día estaba muy caluroso y el suelo exhalaba humedad, de modo que, á pesar de la serenidad del cielo, estaba mojado y grasiento con las continuas pisadas de los transeuntes. A cada paso se veía atropellado por algún carromato ó de mudanza, que de un empujón le forzaban á tomar la acera. Pero la calle le distraía con sus desiguales hileras de casas, sus bajas fachadas, pintarrajadas de arriba á abajo con mil letreros, agujereadas con cien ventanas y ventanillos, por donde se sentía el rumor de todos los oficios caseros de París. En uno de los sitios más estrechos se paró ante un tenducho de periódicos colocado entre una peluquería y un tripero; era un mostrador de necias estampas, ternezas de romanza entre obscenidades de cuartel. Un muchachón muy pálido las contemplaba soñador; dos pilluelos se hacían señas con el codo sonriendo con malicia. De buena gana los hubiera abofeteado á los tres; se apresuró á cruzar el arroyo; estaba frente por frente de la casa de Fagerolles, muy sombría y que salía hacia fuera, manchoreteada del lodo de la calle. Pasó un ómnibus, y apenas tuvo tiempo de saltar y arriarse á la pared, convertido en simple resalto

del edificio; las ruedas le rozaron el pecho y le salpicaron de barro hasta la rodilla.

M. Fagerolles, el padre, fabricante de objetos artísticos en zinc, tenía sus talleres en el entre-suelo, y con objeto de utilizar para almacén las dos vastas piezas que recibían la luz de la calle, ocupaba en el primer piso una habitación muy reducida y oscura, ahogada como un subterráneo. Allí había crecido su hijo Enrique, verdadera planta del suelo de París, junto á aquellas aceras roídas por las ruedas de los coches, remojado por el agua del arroyo, frente á la tienda de estampas, flanqueada por un peluquero y una tripería. Primero, su padre, para utilizar sus tareas, hizo de él un dibujante ornamentista. Luego, cuando el muchacho manifestó más altos designios, empezó á dedicarse á la pintura y á hablar de la Escuela, hubo riñas y cachetes, y desavenencias seguidas de reconciliaciones. En aquella misma época, aun cuando Enrique llevaba ganados algunos premios, el fabricante de zinc, resignado á dejarle libre, lo trataba duramente, como muchacho echado á perder.

Después de haberse limpiado un poco, Claudio enfiló el porche de la casa, larga bóveda que daba á un patio, de luz verdosa, y oliendo á cisterna. Se abrió bajo un cobertizo la escalera, arga, de viejos tramos, comida de moho. Y como pasara el pintor por delante de los almacenes del primer piso, vió, por una puerta vidriera, á M. Fagerolles examinando sus modelos. Entonces entró por cortesía, venciendo su repugnancia de artista, por todos aquellos muñecos imitando bronce, por aquellas lindezas repugnantes y mentirosas de la imitación.

—Buenos días, caballero... ¿Está aún en casa Enrique?

El fabricante, un buen señor grueso y pálido,

se irguió entre sus jarrones y estatuillas. Tenía en la mano un nuevo modelo de termómetro; una acróbata en cuclillas con un tubo de cristal en la nariz.

—Enrique no ha venido á almorzar—respondió con sequedad.

Esta acogida perturbó al joven.

—¡Ah!... ¿no ha venido?... Dispense usted... Buenas tardes.

—Buenas tardes.

Una vez fuera, Claudio blasfemó entre dientes. Derrota completa. Hasta Fagerolles se le escapaba. Ahora se incomodaba contra sí mismo por haberse metido en aquella calle pintoresca, llevado de su admiración, enfurecido contra la gangrena romántica que renacía en él; tal vez era ese su mal, la preocupación que sentía pasarle el cráneo de parte á parte. Y cuando de nuevo se encontró en los muelles, se le ocurrió volver á casa á ver si el cuadro era realmente malo. Pero sólo pensarlo le estremecía. El taller le parecía un lugar horroroso donde ya no podía vivir, como si en él hubiese dejado el cadáver de una afección muerta. No, no, subir tres pisos, abrir la puerta, encerrarse con *aquello*, contemplarlo frente á frente, era empresa superior á sus fuerzas. Atravesó el Sena, recorrió toda la calle Saint-Jacques ¡tanto peor!... no podía con su desdicha; iba á la calle del Enfer á molestar á Sandoz.

La reducida habitación, en un cuarto piso, se componía de un comedor, un cuarto dormitorio y una estrecha cocina que ocupaba el hijo; mientras al otro lado de la escalera habitaba la madre, clavada en una silla por la parálisis, en soledad voluntaria y mal humorada. La calle estaba desierta; las ventanas del piso daban al vasto jardín de Sourds-Muets dominado por la redonda copa

de un gran árbol y la cuadrada torre de Saint-Jacques-du-Haut-Pas.

Claudio halló á Sandoz en su cuarto, encorvado sobre una mesa, absorto ante una página escrita.

—¿Estorbo?

No, estoy trabajando toda la mañana; tengo bastante... Figúrate que hace más de una hora que me fatigo en corregir una frase mal construída, que me ha estado torturando durante el almuerzo.

El pintor hizo un gesto de desesperación; por su lúgubre porte el otro lo comprendió todo en seguida.

—¿Con que no sales adelante?... Vamos á dar un paseo á desentumecernos las piernas un poco, ¿quieres?

Pero al pasar por delante de la cocina, una veija le detuvo, su criada que iba allí dos horas por la mañana y dos por la tarde, con excepción del jueves que se quedaba toda la tarde para la comida.

—Decididamente ¿quiere usted la raya y el carnero con patatas?

—Sí.

—¿Cuántos cubiertos?

—¡Ah!... esto no puede decirse nunca... Ponga usted cinco; ya veremos luego. Para las siete, ¿verdad? Haremos lo posible por estar.

Al llegar al corredor, mientras aguardaba Claudio un momento, Sandoz se escurrió hacia el cuarto de su madre, y cuando hubo salido con aire discreto y tierno, ambos bajaron silenciosos. Una vez en la calle, después de haber mirado á derecha é izquierda como orientándose, se decidieron por echar calle arriba, desembocaron en la plaza del Observatorio y enfilaron el bulevar Montparnasse. Era este su ordinario paseo, ó por lo me-

nos así lo terminaban como aficionados al ancho desenvolvimiento de los bulevares exteriores, por donde su vagamundería se espaciaba á sus anchas. No solían hablar siempre, la cabeza pesada, pero serenándose poco á poco con el gusto de verse juntos. Hasta que llegaron á la estación del Oeste no se le ocurrió decir á Sandoz:

—Dime; si fuéramos á ver á Mahoudeau, á enterarnos de cómo tiene su gran obra... Sé que hoy dió de lado á sus santitos.

—Verdad—respondió Claudio,—vamos á ver á Mahoudeau.

Inmediatamente se metieron por la calle de Cherche-Midi. El escultor Mahoudeau había alquilado allí, á algunos pasos del bulevar, la tienda de una frutera arruinada y se había instalado en el local limitándose tan sólo á embadurnar de yeso los cristales. Por aquel lado, ancho y desierto, la calle tiene el aspecto bonachón de una calle de provincia, suavizado con cierto olor clerical y levítico. Las grandes puertas-cocheras permanecen abiertas de par en par, mostrando profundas hileras de patios en perspectiva; de una vaquería se exhala el tibio olorcillo de la leche; más allá se extiende interminable el muro de un convento. Entre el convento y un herbolario se hallaba cabalmente la tienda transformada en taller, pero con el rótulo antiguo *Fruterie* en letras amarillas.

Por poco los dejan tuertos á Sandoz y Claudio unas niñas que saltaban la cuerda. En las aceras, los vecinos sentados, con las grandes barricadas de sillas, les obligaban á tomar el arroyo. A pesar de todo, llegaban ya, cuando la vista de la tienda de herbolario los detuvo un instante. Entre los escaparates adornados con jeringas, vendas y otros objetos de uso íntimo y delicado, bajo las hierbas secas de la puerta que exhalaban

continuamente un olor aromático penetrante, los estaba mirando de hito en hito una mujer delgada y morena, y detrás de ella, en la sombra, parecía esfumado el perfil de un hombrecillo algo pálido, echando los pulmones por la boca. Hicieron señas con el codo con mirada burlona, y dieron vuelta al pomo de la puerta de Mahoudeau.

Ocupaba casi toda la tienda, harto espaciosa, un gran montón de barro, una Bacante colosal, medio echada sobre una roca. La tabla que la sostenía parecía ceder al peso de aquella masa informe de la cual sólo se distinguían unos pechos de gigante y unos muslos como torres. Chorreaban agua algunas cubetas fangosas tiradas por el suelo; un montón de yeso emporcando un rincón; en la antigua estantería de la frutera, una colección de modelos de estatuaria antigua que el viejo polvo cubría de una capa aterciopelada y negra. En el local reinaba cierta humedad de colada, y olía á arcilla en remojo. Tal aspecto de miseria de los talleres de escultor, semejante suciedad propia del oficio, resaltaban más todavía alumbradas por la luz crepuscular de los cristales embadurnados.

—¿Cómo?... ¿vosotros por aquí?—dijo Mahoudeau, sentado delante de la figura en barro, disponiéndose á fumar una pipa.

Era bajito, flaco, huesoso, la faz rugosa á los veintisiete años; crespo y negro el cabello sobre la aplastada frente; en medio de aquella máscara amarilla, ferozmente fea, sonreían unos ojillos infantiles, claros y límpidos, con encantadora puerilidad. Hijo de un cantero de Plassans, había obtenido en su pueblo grandes éxitos en los concursos del Museo; mas venido á París como pensionado con ochocientos francos por cuatro años, estuvo viviendo como fuera de su centro, sin protección alguna, malogrando el tiempo emplea-

do en la Escuela de Bellas Artes, y comiéndose su pensión sin hacer nada; tanto, que al cabo de cuatro años se veía obligado para vivir á contratarse con un comerciante de imágenes y á rascar durante diez horas diarios Santos Josés y Roques y Magdalenas: todo el calendario de las parroquias. Seis meses hacía que había sentido renacer su ambición, gracias á sus renovadas amistades con algunos compañeros de Provenza, muchachos todos, de los cuales él era el mayor, conocidos en tiempos en una casa de huéspedes de un tal Giraud, todos unos arrapiezos convertidos á la sazón en revolucionarios intransigentes; y su ambición ahora tomaba gigantescas proporciones, gracias al continuo trato con aquellos apasionados artistas que le perturbaban y exaltaban con el entusiasmo de sus teorías.

—¡Demonio!—dijo Claudio...—¡qué trozo!

El escultor, complacido, chupó la pipa y echó una bocanada de humo.

—¿Verdad?... ¡Ya verás qué carne! ¡carne de verdad voy á presentarles, y no esa manteca que hacen ellos!

—¿Es una bañista?

—No, le pondré unos pámpanos;... es una bacante, ¿entiendes?

De golpe gritó Claudio con enfado:

—¿Una bacante?... ¿te estás mofando de nosotros?... ¿Existe por ventura una bacante?... Una vendimiadora es, una vendimiadora moderna, ¡demonio!... ¿Que está desnuda?... bueno... una campesina que se ha desnudado... ¡Ha de sentir, ha de vivir!

Mahoudeau, cortado, escuchaba estremecido. Le temía, se doblegaba á su ideal de fuerza y verdad. Y exagerando:

—Sí, sí, esto quería decir... una vendimiadora... Ya verás cómo olerá á mujer á una legua!

En esto, Sandoz que había dado la vuelta al enorme bloque de barro, exclamó ligeramente:

—¡Calle!... el socarrón de Chaîne, un muchachón, pintando sin decir palabra, copiando sobre una tela chiquita la estufa apagada y llena de orín. Denunciábanle por nacido en el campo sus lentos modales, su dura cerviz de toro, curtida por el aire y el sol. De sus facciones sólo resaltaba la frente preñada de obstinación; porque su nariz era tan pequeña, que desaparecía entre las rojas mejillas, y la fuerte barba ocultaba las recias mandíbulas. Era de Saint-Firmin, á dos leguas de Plassans, lugarejo donde guardó ganados hasta que entró en quinta; provenía su desgracia del entusiasmo de un vecino suyo que se enamoró de los puños de bastón que el muchacho tallaba en madera. Convertido desde entonces en pastor de ingenio y celebridad en agraz para el buen aficionado, que era cabalmente individuo de la comisión del Museo; ensalzado, adulado, sacado de quicio con esperanzas, fué malogrando sucesivamente cuanto emprendió, estudios, concursos, el pensionado; á pesar de lo cual se fué á París, después de haber exigido de su padre, avariento campesino, la legítima, mil francos, con los cuales se proponía vivir un año en espera del prometido triunfo. Los mil francos tiraron unos dieciocho meses. Pero como ya sólo le quedaran veinte, se alió con Mahoudeau, y dormían en la misma cama en la oscura trastienda y se partían el pan; del cual hacían provisión cada quince días para que endureciera y así comieran menos.

—Vamos, Chaîne—continuó Sandoz;—que la estufa es de una exactitud admirable.

Sin decir palabra, brilló entre la barba de Chaîne

ne muda sonrisa de triunfo que le alumbró toda la faz como un rayo de sol. Para colmo de torpeza, los consejos del protector le inclinaron á la pintura, á despecho de su afición á entallar en madera, con lo cual pintaba como un albañil emplastando los colores, y consiguiendo emporcar los más claros y vibrantes. Pero el éxito estaba para él en la fidelidad en la torpeza; tenía á lo minucioso la afición del hombre primitivo, el amor á los más insignificantes pormenores, en los cuales se complacía su sér en la infancia, apenas desprendido de la tierra. La estufa, con su perspectiva de través, era de un dibujo seco y preciso; el tono lúgubre, de vaso mortuario.

Claudio se acercó y sintió compasión por aquella pintura, y á pesar de su proverbial dureza en el juicio de los malos pintores, supo dar con un elogio:

—¡Ah!... no le dirán que sea usted un habilitado. Usted al menos pinta como siente... No está mal.

En esto se abrió la puerta de la tienda y entró un guapo joven rubio, vivaracho y alegre, de larga y soñrosada nariz, y ojazos azules de miope.

—La herbolaria, la vecina, ya está plantada en la tienda, dispuesta á pescar... ¡Qué fea es!

Todos se rieron, menos Mahoudeau, que parecía cortado:

—Jory, el rey de los cajeros—dijo Sandoz estrechando la mano al recién venido.

—¿Qué?... Que Mahoudeau se entiende con ella—repuso Jory que, al fin, comprendió.—¿Y eso qué importa? ¿Quién desdeña á una mujer?

—Lo que es tú—se limitó á decir el escultor—has caído otra vez en las garras de la tuya... se te ha llevado un trozo de la mejilla.

De nuevo rieron todos y esta vez quien se ruborizó fué Jory. Llevaba realmente en la cara



dos profundos chirlos. Hijo de un magistrado de Plassans, á quien sacaba de quicio con sus calaveradas de buen mozo, con hambre canina, colmó la medida de sus calaveradas huyendo con una cantante de cafetín, so pretexto de largarse á París á hacer de literato; seis meses hacía que campaban en un hotel miserable del barrio Latino; la muchacha lo desollaba cada vez que le sorprendía en flagrante delito de infidelidad con las primeras faldas que pasaban por la calle; así es que cada día comparecía con algún nuevo chirlo, ya chorreándole sangre la nariz, ya partida una oreja, ó amoratado, hinchado un ojo de una puñada.

Por fin se pusieron á hablar todos, á excepción de Chaîne, que continuó pintando con la obstinación del buey que ara. Desde luego, extasióle á Jory el esbozo de la vendimiadora. También él adoraba las mujeres gruesas. Allá en su tierra había empezado sus ejercicios literarios escribiendo sonetos *parnassiens* en alabanza de la garganta y las redondas caderas de una hermosa tendera que le daba muy malas noches, y una vez en París, donde volvió á reunirse con su pandilla, se metió á crítico de artes, y escribía artículos por veinte francos en un periodiquillo que metía mucho ruido: *Le Tambour*. Uno escribió, estudio de un cuadro de Claudio, expuesto en la tienda de Malgrás, que causó gran escándalo; pues el crítico sacrificaba en aras de su amigo á los pintores «predilectos del público», y le declaraba jefe de una nueva escuela, la escuela de la pintura al aire libre. En el fondo, era un muchacho muy listo, muy alegre y de flexible criterio, á quien le importaba un bledo todo, como no fuera su gusto, y que repetía simplemente las teorías del grupo, amenizándolas con algunas salidas irónicas muy veladas.

—Amigo Mahoudeau—exclamó,—voy á dedicarte un artículo... daré á conocer á tu mujerona... ¡Qué muslos, amigo!... ¡Quién pudiera darse el gustazo de unos muslos como esos!

Tras de lo cual, súbitamente se puso á hablar de otra cosa.

—A propósito... Mi roñoso padre me pide perdón... Teme que me deshonne y se resuelve á enviarme cien francos mensuales... Ya pago mis deudas.

—¿Tienes deudas?—murmuró sonriendo Sandoz.—Me parece demasiado juicio.

La verdad era que Jory era un caso de avaricia hereditaria, que divertía á sus compañeros. No pagaba nunca una mujer, y había descubierto el medio de llevar su desordenada vida sin un cuarto y sin deudas. A cuya ciencia innata le gozar de balde se unía una doblez de carácter continua, la necesidad de mentir, vicio que había contraído viviendo con su familia, muy devota, obligado á ocultar sus flaquezas y á mentir, por nada, todas las horas del día, y hasta inútilmente. Tuvo una salida soberbia, exclamación de hombre experto que hubiese vivido mucho:

—¡Ah!... ¡vosotros no sabéis el valor del dinero!

Esta vez fué silbado estrepitosamente. ¡Qué procaico! ¡Así seguían en sus invectivas, cuando sonaron ligeros golpecillos en los cristales, con lo cual cesó la algazara!

—¡Ya me va cansando!—dijo Mahoudeau con gesto de mal humor.

—¿Quién es?... ¿La herbolaria?—preguntó Jory...—Déjala entrar... nos reiremos.

Fuera de que la puerta estaba abierta, sin aguardar el permiso entró Mme. Jabouille, Matilde, como la llamaban familiarmente. Tendría unos treinta años, la cara achatada, chupada de

carnes, los ojos ardientes de pasión, los párpados amarrotados y mustios. Corría que los curas la habían casado á Jabouille, un viudo cuya herboristería iba por entonces viento en popa, gracias á la clientela devota del barrio. Realmente vagas sombras de sotana discurrían por el fondo misterioso de la tienda; que olía á incienso, y donde reinaba cierta discreción monacal, cierta unción de sacristía en la venta de jeringas. Las devotas que entraban en ella, hablaban en voz baja como en el confesonario, metían en sus sacos algunas jeringuillas y salían con los ojos bajos. Por desgracia se corrió algo sobre un aborto, calumnia del tabernero de enfrente según decían las personas bien intencionadas. El caso era que desde que volvió á casarse el viudo, la tienda decaía. Parecía que iban palideciendo los frascos, que caían reducidas á polvo las hierbas secas que colgaban del techo; hasta él echaba el alma por la boca tosiendo, aniquilado, extenuado, sobre la piel. Y si bien Matilde era muy religiosa, la clientela devota fué abandonándola poco á poco, porque á su juicio, se hacía ver demasiado con algunos jóvenes, ahora que había devorado á Jabouille.

Breve rato permaneció inmóvil, guiñando los ojos. Esparcióse por la habitación un fuerte olor, el olor de los simples de que llevaba impregnados los vestidos y el grasiento pelo, siempre despeinado: mezcla del azúcar insípido de las malvas, el acre saúco, el amargo ruibarbo y sobre todo la llamarada de la menta piperita, que era como su hálito; hálito ardiente que echaba á la nariz de los hombres.

Fingió un gesto de sorpresa.

—¡Ah, Dios mío!... ¿está usted ocupado?... No lo sabía, volveré.

—Sí; hágame usted el favor...—dijo Mahoudeau muy contrariado.—Como además voy á salir... me concederá usted una sesión el domingo.

Claudio, estupefacto, miró á Matilde y luego á la vendimiadora.

—¡Cómo!...—exclamó.—¡La señora sirve de modelo para esa musculatura!... ¡la haces más gorda!

Volvieron á reirse todos, mientras el escultor, balbuciente, hacía algunas aclaraciones; oh, no, ni el tronco, ni las piernas; sólo la cabeza y las manos, y aun sólo para apuntar simplemente.

Pero Matilde reía como los demás, con agudo chillido de mujer sin pudor. Entró resueltamente y cerró la puerta, y como si estuviera en su propia casa, satisfecha de hallarse y rozarse con aquellos hombres, fué mirándolos de hito en hito. Sonriendo mostraba los negros agujeros de su boca dentada, fea hasta dar espanto, gastada, pegada la piel á los huesos. Sin duda le tentaba Jory, á quien veía por primera vez, tan guapote, tan fresco como pollo bien cebado y con su sonrosada nariz, que tanto prometía. Se le acercó, le dió con el codo, y acabó de pronto, sin duda para tentarle, por sentarse en las rodillas de Mahoudeau, con el desenfado de una ramera.

—No, déjame—dijo éste levantándose.—Tengo que hacer... ¿verdad? nos están aguardando.

Guiñaba el ojo, deseoso de salir á dar un buen paseo. Todos respondieron que, en efecto, los aguardaban, y le ayudaron á cubrir el esbozo con algunos trapos viejos, mojados en un cubo de agua.

Sin embargo, Matilde permanecía allí en pie con ademán sumiso y desesperado, contentándose con mudar de sitio, cuando le daban algún empujón, mientras Chame, que había suspendido su trabajo, la contemplaba por encima del cuadro,

abriendo desmesuradamente los ojos, y con deseo de tímido. Hasta entonces no había dicho esta boca es mía. Pero, como ya Mahoudeau saliera con los tres compañeros, decidióse y dijo con voz sorda, entre largas pausas:

—¿Volverás?

—Muy tarde. Come y acuéstate... Adiós.

Y Chaîne se quedó solo con Matilde, en aquella habitación húmeda, entre los montones de arcilla y frascos de agua, alumbrada por la luz yesosa que atravesaba los embadurnados cristales, y hacía resaltar aquel rincón de miseria y dejadez.

Una vez en la calle, Claudio y Mahoudeau pasaron delante; los otros dos los seguían, y como Sandoz bromeara con Jory afirmando que había hecho la conquista de Matilde, Jory protestó.

—Ah, no, si es horrible... si podría ser madre de los cuatro. ¡Y qué boca tan sucia, de mala perra desdentada!...—Con esa boca envenena la farmacia.

Esta exageración hizo reír á Sandoz. Se encogió de hombros.

—No digas, que tú por lo común no eres tan exigente, y algunas tratas que no valen mucho más.

—¿Yo?... ¿Dónde?... Sabes que, apenas hemos pasado la puerta, se habrá echado sobre Chaîne... ¡Asquerosos!

Mahoudeau, que parecía abismado en acalorada disputa con Claudio, se volvió interrumpiéndose con viveza:

—¡Me importa un bledo!

Siguió en su charla con su compañero, y diez pasos más arriba, exclamó de nuevo por encima del hombro:

—¡Aparte de que Chaîne es muy animal!

Y no se habló más de ello. Los cuatro, vagando á la ventura, parecían ocupar ellos solos toda la

anchura del bulevar de los Inválidos. Expansión habitual; la pandilla que se iba aumentando poco á poco con los amigos pescados en el trayecto, libre caminata de una horda en són de guerra. Con el tranquilo aplomo de los veinte años, los muchachos tomaban posesión de la calle, y en cuanto se hallaban juntos, se hubiera dicho que iban precedidos de sonoras fanfarrias, y echaban mano á París, y se lo metían en el bolsillo. La victoria no ofrecía para ellos la menor duda; como triunfadores del porvenir paseaban sus botas viejas y sus gabanes marchitos, desdeñando tales miserias, y como si bastase querer para ser dueños de aquel lujo que los rodeaba. Lo cual iba unido al profundo desprecio por cuanto no era el arte, desprecio de las riquezas, de la sociedad, sobre todo de la política. ¡A qué semejantes parecerías! ¡Los que en tales cosas se ocupaban, eran sólo unos idiotas! Movidos por soberbio error, la ignorancia consciente de las necesidades de la vida, el sueño loco de no ser más que artistas en la tierra, aunque necios á veces, su pasión les daba ánimos y fortaleza.

Claudio se animó entonces; el ardor de tales esperanzas depositadas en un fondo común, le devolvía la fe. Las torturas de aquella mañana le habían dejado sólo como embobado, pero á tal punto se puso á discutir su cuadro con Mahoudeau y Sandoz, si bien jurando y perjurando que lo reventaría de un puñetazo. Jory, que era muy míope, iba mirando á las señoras viejas que pasaban arrimándose hasta chocar con su nariz, mientras seguía discutiendo sobre la producción artística; lo mejor era ofrecer la obra tal como salía del primer golpe; lo que es él no corregía nunca nada. Y así discutiendo, continuaban su camino por el bulevar abajo, que, menos concurrido, con su larga hilera de hermosos árboles,

perdiéndose en el infinito, parecía hecho para sus disputas. Mas cuando desembocaron en la Esplanada, disputaban con tanto calor, que se detuvieron en medio de la vasta extensión. Fuera de sí, Claudio trataba á Jory de estúpido; pues ¡qué!... ¿no era mejor destruir una obra que echarla á la calle mediana? Sí; era repugnante trabajar por el interés. Por su parte, Mahoudeau y Sandoz hablaban también á gritos. Algunos transeuntes volvían inquietos la cabeza, y acababan por agolparse en torno de aquellos energúmenos que parecían dispuestos á darse de mordiscos. Pero á lo mejor los transeuntes se retiraban contrariados, creyéndose víctimas de una farsa, al verles de pronto que, como buenos amigos, prorrumpían en exclamaciones unánimes de admiración á propósito de una nodriza, vestida con un traje claro y unos cintajos color de cereza. ¡Ah! ¡qué tonos! ¡Qué nota de color! Seguíanla embelesados por entre los árboles, como movidos por un resorte, y sorprendidos de haber llegado ya donde estaban. La Explanada, tendida al aire libre, limitada sólo al sur por la lejana perspectiva de los Inválidos, era su encanto; ¡tan vasta! ¡tan tranquila! allí podían gesticular á sus anchas, y tomar aliento, ellos á quienes parecía estrecho París, donde faltaba aire á la ambición de su pecho.

—¿Váis á alguna parte?—preguntó Sandoz á Mahoudeau y á Jory.

—No—contestó el último,—vamos con vosotros... ¿dónde vais vosotros?

Claudio, con extraviados ojos, murmuró:

—No sé... vamos por allí.

Volvieron por el muelle de Orsay, y subieron hasta el puente de la Concordia. Ante el Cuerpo Legislativo, repuso indignado el pintor:

—¡Qué feo monumento!

—El otro día—dijo Jory,—Julio Favre hizo un magnífico discurso... que molestó bastante á Rouher.

Los otros tres no le dejaron continuar, y volvió á entablarse la disputa. ¿Quién era Julio Favre? ¿Quién era Rouher? ¿Realmente había quién se llamara así? Unos necios, de quienes nadie iba á acordarse diez años después de su muerte. Echaron por el puente; encogían los hombros movidos de compasión. Cuando estuvieron en medio de la plaza de la Concordia, se detuvieron y se callaron.

—Esto—acabó por decir Claudio, tras una pausa,—esto no está del todo mal!

Eran las cuatro, y la hermosa tarde tocaba á su fin entre la magnífica polvareda de oro del sol. A derecha é izquierda, hacia la Magdalena y hacia el Cuerpo Legislativo, la hilera de los edificios se extendía en lontananza recortando el cielo, y el jardín de las Tullerías mostraba las redondas copas de sus grandes castaños. Entre los dos arriates de verdura de las calles laterales, la gran avenida de los Campos Elíseos ascendía al horizonte hasta perderse de vista, terminada por la puerta colosal del Arco de Triunfo, gran abertura sobre el horizonte infinito. Se precipitaba por ella una doble corriente de transeuntes, un doble río, con el hervidor remolino de los tiros, las fugaces oleadas de coches, que parecían border de ligera espuma el reflejo de un cristal, el centelleo de un farol. En torno, la plaza, con sus inmensas aceras, los anchos arroyos como lagos, se llenaba con aquel oleaje continuo, cruzada por donde quiera por la irradiación de las ruedas, poblada de puntitos negros que eran hombres; y, en medio, las dos fuentes chorreaban, exhalaban su frescura entre aquella vida ardiente.

Claudio, extenuado, repetía:

—¡Ah!... Esto necesitamos... Nuestro es... No hay sino cogerlo.

Se exaltaban, abrían unos ojazos tamaños, llameando de deseo; ardían sus manos con el ansia de la posesión. La gloria animaba con su soplo la ciudad entera, de lo alto de aquella avenida. París estaba allí, y ellos le querían.

—Nuestro será—afirmó Sandoz con su testarudo ademán.

—Ya lo creo—respondieron sencillamente Mahoudeau y Jory.

Y echaron de nuevo á andar, vagamundos, hasta que se hallaron á espaldas de la Magdalena, donde se metieron por la calle Trouchet. Por fin, llegaron á la plaza del Hâvre, cuando exclamó Sandoz:

—Con que vamos al café de Baudequin.

Los otros se mostraron sorprendidos: ¡cómo! ¿iban al café de Baudequin?

—¿Qué día es hoy?...—dijo Claudio.—¡Ah!... jueves... Entonces estarán allí Fagerolles y Gagnière. Vamos al café de Baudequin.

Y echaron por la calle de Amsterdam. Habían atravesado París, uno de sus grandes paseos predilectos; pero tenían otros itinerarios: recorrían los muelles, ó caminaban á lo largo de las fortificaciones, de la puerta de Saint-Jacques hasta Moulineaux, ó se largaban hasta el Père-La-Chaise, dando un rodeo por los bulevares exteriores. A lo mejor, recorrían las calles, las plazas, los callejones, andorreaban días enteros hasta que no podían más, como si hubiesen querido conquistar cada uno de los barrios, uno tras otro, arrojando sus ruidosas teorías contra las fachadas de las casas; y les parecía suyo el suelo que habían pisado con sus propios pies, antigua arena de combate, que con el tufillo que exhalaba los embriagaba en su fatiga.

El café de Baudequin estaba situado en el bulevar de Batignolles esquina á la calle Darcet. Sin saber por qué, la pandilla lo eligió por punto de reunión, á pesar de que sólo Gagnière habitaba en el barrio. En él se reunían regularmente todos los domingos por la tarde, y se daban una vuelta por allí los jueves los que no tenían qué hacer. Como el día había estado hermoso, hallaban ocupadas todas las mesitas de fuera, bajo toldo, por doble hilera de concurrentes que obstruían la acera. Pero ellos tenían horror á los codazos y á exhibirse en público, así es que á empellones se metieron en la sala desierta y fresca.

—Toma... sólo está Fagerolles—clamó Claudio.

Dirigióse á su mesa habitual, en el fondo, á la izquierda, y estrechó la mano de un muchacho delgaducho y pálido, en cuyo rostro de niña chispeaban unos ojuelos grises, con pintas de acero, y de mirada entre cariñosa y burlona.

Todos se sentaron, pidieron unos bocks y el pintor repuso:

—He estado en casa de tu padre... ¡Qué bien me ha recibido, hombre!

Fagerolles, que en su porte y ademanes se daba aires de quimerista y granuja, se golpeó las rodillas.

—Me está cargando el hombre. Me largué esta mañana, después de una reyerta. Pues no se empeñaba en que le dibujara algo para sus porquerías en zinc! Bastante tengo yo con el zinc de la Escuela.

Esta chanza dirigida á sus profesores pareció muy bien á los amigos, á quienes divertía, y se ganaba su voluntad con sus continuas bajezas de pilluelo adulator y maldiciente. Su inquieta sonrisa pasaba de unos á otros, y sus largos y flexibles dedos, de una destreza nativa, esbozaban sobre la mesa complicadas composiciones con las

gotas de cerveza esparcidas. Tenía gran facilidad, hábil mano para sobresalir en todo.

—¿Y á Gagnière—preguntó Mahoudeau—le has visto?

—No; hace una hora que estoy aquí.

Pero Jory, sin decir palabra, dió un codazo á Sandoz, haciéndole una seña con la cabeza para que se fijara en una muchacha de una mesa del fondo, con su acompañante. Fuera de éstos, sólo había allí otros dos parroquianos, y dos sargentos jugando á los naipes. La niña era una de esas muchachas callejeras de París, que á los diez y ocho años conservan todavía la flacura de la fruta verde. Parecía un perrillo con montera, con sus ricitos rubios caídos sobre la delicada nariz, y su boca risueña, su sonrosado hocico. Estaba hojeando un periódico ilustrado, mientras el caballero acompañante paladeaba una copita de Madera, con mucha seriedad; y por encima del periódico, echaba sin parar alegres miradas á los de la pandilla.

—¿Eh?... ¡qué linda!...—murmuró Jory, que iba enardeciéndose.—¿A quién estará mirando?... Me mira á mí...

De repente, Fagerolles tomó parte en la conversación:

—Déjate de bromas... es mía. ¡Si te figuraras que estoy aquí hace una hora aguardándoos á vosotros!

Los otros se rieron, y él en voz baja empezó á hablarles de Irma Bécot. Sí; había estado con ella por casualidad, sólo una vez. ¡Vaya una niña!... ¡Con una gracia! Sabía toda su vida y milagros; era hija de un droguero de la calle de Montorgueil; y muy instruída, con todo, y muy impuesta en ortografía, porque había ido á la escuela hasta la edad de dieciséis años. Cumplía con todas sus obligaciones metida entre sacos de

lentejas, y terminaba su educación al aire libre, entre empujones y codazos y aprendiendo á vivir con las continuas habladurías de las despeinadas cocineras que sacaban á la colada todos los trapos sucios de sus dueñas, mientras les pesaba una libra de queso. Muerta su madre, el padre acabó por dormir con las criadas, como hombre juicioso enemigo de dar escándalo; pero esto le abría el apetito, y le fueron imprescindibles otros tratos, hasta que se arrojó á uno que poco á poco se tragó la droguería con sus secas legumbres, los potes y los cajones de azúcar. Irma iba todavía á la escuela, cuando un día la echó de espaldas un aprendiz tras una canasta de higos. Seis meses más tarde, la casa caía en ruinas, el padre moría de un ataque apoplético, se refugiaba en casa de una tía pobre, que le daba de palos, huía con un joven de enfrente, volvía por tres veces, hasta que al fin salía escapada para siempre á lo mejor y se echaba á corretear por todos los salones de baile de Montmartre y Batignolles.

—Una vueltecita á caza de paganos—murmuró Claudio con su gesto despreciativo habitual.

De pronto, como se levantara y saliera el caballero, después de haberle hablado al oído, Irma Bécot le siguió con la vista hasta que estuvo fuera, y con la viveza de un escapado, corrió á sentarse sobre las rodillas de Fagerolles.

—¿Ves qué cargante y pegajoso es? Corre, bésame; que va á volver.

Y le besó en los labios, bebió en su propio vaso, se ofrecía también á los demás, con provocante risa, porque tenía una gran pasión por los artistas, no sin sentir que no fueran bastante ricos para mantener una mujer á sus costas.

El que más parecía interesarle era Jory, que la miraba de hito en hito, muy excitado, con ojos como brasas. Estaba fumando, y le cogió el ci-

UNIVERSIDAD DE BURGOS  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
FALFONDO REYES

garro y lo pasó á su boca, sin dejar por eso su charla de pícaro urraca.

—¡Sois todos pintores!... ¡Me gusta!... Y estos tres ¿por qué ponen la cara tan seria? Vaya... á divertirse; voy á hacerlos cosquillas, ¡sí!... vais á ver.

En efecto, Sandoz, Claudio y Mahoudeau, contrariados, la miraban muy serios. Pero ello seguía con el oído atento á la puerta; oyó volver á su cuyo y dijo vivamente á la cara de Fagerolles:

—Mañana por la tarde, si quieres. Vé por mí á la cervecería Breda.

Luego, después de haber colocado la húmeda colilla en los labios de Jory, se escurrió lista, á grandes pasos, alzando los brazos con gesto extravagante y cómico, y cuando volvió el caballero, muy serio y algo pálido, la halló en su sitio inmóvil, contemplando el mismo grabado de antes. Tan rápidamente pasó esta escena, con tal viveza y gracia, que los dos sargentos, los pobres diablos, volvieron á sus naipes reventando de risa.

Con esto, Irma les había conquistado á todos. A Sandoz le parecía muy bueno para una novela su nombre de Bécot; Claudio preguntaba si quería servirle de modelo para un estudio, y Mahoudeau ya la imaginaba vestida de pilluelo para una estatuilla que se vendería de seguro. A poco se fué y á espaldas del acompañante les echaba besos con la punta de los dedos, á todos los de la mesa, á todos, lluvia de besos que acabaron de enardecer á Jory. Pero Fagerolles no quería cederla todavía, muy contento sin saberlo de hallar en ella una criatura de su barrio, lisonjeado por aquella perversión chancera de pilluelo callejero, que era la suya propia.

Eran las cinco; la peña pidió nuevos bocks. Algunos parroquianos del barrio habían invadido

las mesas vecinas y aquella buena gente miraba de reojo al rincón de los artistas con cierto desdén, pero también con cierta deferencia recelosa. Ya eran conocidos; ya empezaba á correr sobre ellos una leyenda. En esto, ellos hablaban necesidades; del calor que hacía, de la dificultad de hallar sitio en el ómnibus del Odeón, del descubrimiento de una taberna donde se comía buena carne. Uno de ellos insinuó una disputa sobre una serie de cuadros malísimos que acababan de meter en el Museo del Luxemburgo, pero todos fueron del mismo parecer: las telas no valían el marco y no se habló más de ello, y siguieron fumando, cambiando algunas palabras raras y risas de inteligencia.

—¿Pero qué?—preguntó por fin Claudio,—¿esperamos á Gagnière?

Gran protesta. Gagnière estaba pesado; fuera de que ya cuidaría de acudir al olorcillo de la sopa.

—Vaya, vamos—dijo Sandoz.—Tenemos pierna de carnero; tratemos de llegar á tiempo.

Pagaron el gasto á escote y salieron. Lo cual puso en conmoción á todo el café. «Jóvenes, pintores sin duda», murmuraron señalando á Claudio, como si hubiesen visto pasar el jefe de una tribu de salvajes. El famoso artículo de Jory producía su efecto; el público se hacía cómplice é iba á crear por sí la Escuela de la pintura al aire libre, de la que hablaba todavía en chanza la pandilla. Como ellos mismos decían bromeando, el café Baudequin ignoraba el honor que le hicieron el día que le habían elegido por cuna de una revolución.

Al salir al bulevar eran ya cinco, puesto que ahora se había unido al grupo Fagerolles, y así atravesaron París con paso lento y el tranquilo

porte de conquistadores. Cuantos más eran, más espacio ocupaban á lo ancho de las aceras, más se llevaban tras sí, pegada á la suela, la ardiente vida de la calle.

Cuando hubieron pasado la de Clichy, echaron por la de Richelieu, atravesaron el Sena por el puente de las Artes, para insultar de paso al Instituto, y alcanzaron por fin el Luxemburgo por la calle del Sena, donde les arrancó gritos de admiración un anuncio en tres colores, un reclamo pintarrajado y chillón de unos saltimbanquis. Caía la tarde, la corriente de transeuntes iba decreciendo; la ciudad fatigada aguardaba la hora de las sombras, pronta á entregarse al primer varón bastante vigoroso para cargar con ella.

Una vez en la calle d'Enfer, cuando Sandoz tuvo á sus cuatro amigos en su cuarto, se metió de nuevo en el de su madre, y allí estuvo unos cinco minutos; luego volvió con tierna y discreta sonrisa que traía en los labios siempre que de allí salía, y reinó bien pronto, en el estrecho piso, la estrepitosa algazara de sus risas, discusiones y clamores. El mismo daba el ejemplo, ayudando en su servicio á la criada, que mascullaba con enfado mil amargos dicitos, porque ya eran las siete y media y el carnero se requemaba. Estaban ya los cinco sentados á la mesa, comiendo la sopa, que era de ajos y excelente, cuando pareció un nuevo convidado.

—¡Oh, Gagnière!—clamaron á coro.

Gagnière, bajito, vaporoso, con su carita linda y sorprendida, que adornaba una barbilla rubia, se detuvo un instante en el dintel guiñando los verdes ojos. Era de Melun, hijo de unos ricos burgueses que acababan de dejarle en el pueblo dos casas; había aprendido á pintar por sí solo en el bosque de Fontainebleau, y hacía muy con-

cienzudos paisajes, con excelente intención; pero su pasión verdadera era la música, la locura de la música, voraz llamarada que consumía su cerebro y le ponía al unísono con los más exaltados de la pandilla.

—¿Estoy de más?—preguntó suavemente.

—No; entra, entra—gritó Sandoz.

Ya estaba sacando la criada otro cubierto.

—Debieran poner un plato para Dubuche—dijo Claudio.—Me ha dicho que tal vez vendría.

Pero empezaron á menospreciar á Dubuche, que frecuentaba la buena sociedad. Jory dijo que le había visto en coche con una señora mayor y una señorita, y que les llevaba las sombrillas.

—¿De dónde vienes, que llegas tan tarde?—repuso Fagerolles, dirigiéndose á Gagnière.

Este, que iba á tomar la primera cucharada de sopa, volvió á dejarla en el plato.

—He ido á la calle de Lancry, donde se toca música de cámara... magníficas piezas de Schumann... no puedes figurarte lo que es aquello! ¡Qué modo de arrebatar!... como si una mujer te echara su aliento en el cuello... ¡Sí; sí... efecto algo inmaterial como el del beso, el roce de un suspiro... ¡de veras!... desfallece uno.

Se le humedecían los ojos y palidecía como abrumado por un placer demasiado intenso.

—Come ahora—dijo Mahoudeau,—ya me lo contarás luego.

Sacaron el pescado, y se hicieron traer el vinagre para rociar la manteca requemada que les parecía desabrida. Comían como heliogábalos; desaparecía el pan como por encanto. Aparte de esto, sin permitirse ningún refinamiento en los bocados, bebían vino común, y aun los convidados solían bautizarle por ahorrar el gasto. Con grandes aclamaciones fué recibida la pierna de carnero, y el amo de la casa se disponía á cortarla,



cuando se abrió de nuevo la puerta. Esta vez se produjeron furiosas protestas.

—Fuera... fuera... que no entre nadie más... Afuera ese mal amigo que nos olvida.

Fatigado, sin aliento, azorado, corrido por aquella gritería, asomó Dubuche el abultado rostro, balbuceando algunas excusas.

—Palabra... el ómnibus tiene la culpa... Cinco he estado aguardando en los Campos Elíseos.

—No, no... mentira, mentira... que se largue... No comerá carnero... ¡Fuera! ¡fuera!

A pesar de lo cual, acabó por entrar, y observaron entonces que iba muy bien vestido, con traje negro, pantalón negro, levita negra, gran corbata, las botas limpias, prendido de veinticinco alfileres, con el ceremonioso empaque del burgués invitado á un banquete.

—¡Toma!... se ha quedado sin convite —dijo chanceándose Fagerolles.—Las buenas señoras le han plantado y ahora acude á nosotros porque no sabe dónde ir.

Se puso colorado, y balbuceó:

—¡Vaya una ocurrencia!... ¡Qué malos sois!... déjame en paz.

Sandoz y Claudio, que estaban juntos, sonreían y el primero hizo seña á Dubuche para decirle:

—Coge tú mismo tu cubierto, saca de allí un vaso y un plato, y siéntate entre los dos... Así te dejarán tranquilo.

Pero durante la comida continuaron dándole matraca, hasta que él mismo, después que la criada le hubo traído un plato de sopa y un trozo de raya, lo echó á broma muy bonachón. Exageraba su hambre, rebañaba el plato; contaba que una mamá le había rehusado su hija porque era arquitecto. A los postres creció la algazara; todos hablaban á la vez. Un trozo de queso de Brié, el único postre, fué muy celebrado

y no dejaron ni una migaja; en poco estuvo que no acabaran el pan. Y como realmente dieron cuenta del vino, cada cual se echó al colete un buen trago de agua clara y lo paladeó chasqueando la lengua, entre carcajadas. Y así con la faz risueña y llena la barriga, con la satisfacción de quien acaba de comer opíparamente, pasaron al cuarto de Sandoz.

Allí celebraba éste sus gratas reuniones. Hasta en las temporadas de miseria había compartido su pan con sus compañeros, llevado del gran contento que sentía en verse reunido con ellos, siempre amigos, y viviendo de un mismo pensamiento. Si bien tenía su misma edad, sentía como un afecto paternal hacia ellos, cuando los veía en su casa, en torno suyo, dándose las manos, embriagados por la esperanza. Como sólo podía disponer de una habitación, era para ellos, y cuando faltaban las sillas se sentaban dos ó tres sobre la cama. En aquellas calurosas veladas de verano dejaban abierta de par en par la ventana, y en las noches claras se veían dos negras siluetas: la torre de Saint-Jacques-du-Haut-Pas y el árbol del patio de los Sordo-mudos. Cuando había dinero se regalaban con cerveza; cada uno traía tabaco, el cuarto se llenaba de humo, y acababan por hablarse sin verse, hasta muy avanzada la noche, en medio del profundo y melancólico silencio de aquel barrio apartado.

Aquel día, á eso de las nueve, la criada entró á decir:

—Señorito, estoy lista; ¿puedo irme?

—Sí; váyase usted á dormir... ¿Ha dejado usted el agua al fuego?... Ya haré yo el té.

Sandoz salió siguiendo á la buena vieja, y tardó un cuarto de hora en volver. Sin duda, había ido á dar un beso á su madre, que acomodaba y arropaba todas las noches, antes que se durmiera.

En esto la gritería empezaba. Fagerolles estaba contando un suceso:

—Sí, chico; en la Escuela corrigen los modelos... El otro día se me acerca Mazel, y me dice: —Estos muslos no son perpendiculares.—Y le digo:—Los tiene así; mire usted.—Era Flora Beauchamps, ¿sabéis? Y me responde furioso:—Si los tiene así, yerra en tenerlos así.

Se sublevaron, sobre todo Claudio, á quien Fagerolles contaba el caso para adularle. Tiempo hacía que se sentía influido por Claudio, no sin conservar, no obstante, su extraordinaria facilidad, y aunque seguía pintando, á pesar suyo, con la habilidad de un prestidigitador, hablaba á todas horas de pintura sólida y robusta, de las copias del natural, arrojado sobre la tela, viviente, palpitante, tal como era; lo cual no impedía que, fuera de allí, se mofara de la pintura al aire libre, á cuyos adeptos acusaba de embadurnar sus estudios, como si estuvieran hechos con cuchara.

Dubuche, que no se había reído, picado en la fibra de su honradez, osó contradecirle:

—Pues hombre; si crees que te embruteces en la Escuela, ¿por qué vas?... Te sales, y asunto concluído... ¡Ah! todos estáis contra mí, ya lo sé, porque defiende la Escuela. Pero para mí, chicos, para ejercer una profesión no hay como aprenderla primero.

Alzáronse todos contra él, gritando, y le fué necesaria á Claudio toda su autoridad para hacerse oír.

—Tiene razón; hay que aprender la profesión, pero lo malo es que te obligan á aprenderla bajo la férula de unos maestros que se empeñan en que veas como ellos ven. ¡Vaya un imbécil, el tal Mazel!... sostener que los muslos de Flora Beauchamps no son rectos, cuando los tiene tan

hermosos... en fin; ya los habéis visto... unos muslos que revelan hasta el fondo todo el carácter de aquella jaranera endiablada.

Y se echó en la cama, donde estaba sentado, y fija la mirada en el techo, continuó con ardor:

—¡Ah, la vida! ¡la vida!... sentirla, reproducirla en toda su realidad, amarla, verla, como la única belleza verdadera, eterna, varia, sin la presunción estúpida de ennoblecerla castrándola; comprender que sus pretendidas fealdades no son más que los rasgos salientes de sus caracteres, darla vida, hacer hombres, en una palabra, la única manera de ser Dios.

Renacía su fe, estimulado, aguijoneado por su paseo á través de París, y le arrebatava otra vez su pasión por la carne viva. Oíanle los demás en silencio. Hizo un gesto de loco; luego, se calmó.

—¡Dios mío!... opine como quiera cada cual; pero lo que en realidad irrita, es que los académicos son más intolerantes que nosotros. Ellos forman el jurado; estoy seguro de que el estúpido Mazel rehusará mi cuadro.

Y á renglón seguido todos se deshicieron en imprecaciones, porque la cuestión de los jurados era causa de la mayor irritación. Todos exigían reformas; cada cual tenía pronta una solución, desde la elección de un jurado de amplio y liberal criterio por sufragio universal, hasta el salón libre, abierto á todos los expositores.

Mientras los otros seguían discutiendo, Gagnière se había llevado á Mahoudeau junto á la abierta ventana, y allí, en voz baja, perdida la mirada en las sombras de la noche, balbucía:

—Nada, en suma; cuatro compases, una impresión arrojada sobre el papel... ¡Pero lo que expresa, lo que contiene! A mí me produce el efecto de un paisaje que se desvanece, un recodo de un camino melancólico, sombreado por un

árbol oculto; luego pasa una mujer, su silueta... nada; pasa, y ya no has de volver á verla.

En esto, Fagerolles exclamó:

—¿Qué expones este año, Gagnière?

No le oyó, y prosiguió extasiado:

—En Schumann se halla todo... es el infinito...

¡Y Wagner, que volvieron á silbar el domingo!

Pero llamóle de nuevo Fagerolles, y volvió en sí:

—¿Qué?... ¿qué voy á exponer? Un paisaje pequeño, tal vez; un rincón del Sena... ¡Es tan difícil! antes de resolverme, me ha de gustar.

Súbitamente se mostró otra vez tímido y receloso. A lo mejor, sus escrúpulos de conciencia artística le tenían meses enteros trabajando en un cuadrito como la palma de la mano. Siguiendo las huellas de los paisajistas franceses, los primeros maestros que conquistaron la naturaleza, era su constante preocupación la fidelidad en los colores, la exacta observación de los tonos, como teórico concienzudo, cuya honradez acababa por entorpecerle la mano. A veces no osaba aventurar una nota brivante, que sorprendía por su tristeza gris, á pesar de su pasión revolucionaria.

—Lo que es yo—dijo Mahoudeau,—me estoy relamiendo ya de gusto á la idea de volverles bizcos con mi estatua de mujer.

Claudio se encogió de hombros:

—¡Oh! á ti te darán entrada: los escultores son más liberales que los pintores. Fuera de que tú sabes dónde vas, y hay en tu ejecución no sé qué que agrada desde luego. Tu vendimiadora tiene cosas muy lindas.

Ese cumplido puso serio á Mahoudeau, porque su pretensión era la fuerza, y se ignoraba y despreciaba la gracia, que cabalmente poseía á pesar suyo, y que en vano se esforzaba en rechazar

con sus torpes dedos de obrero sin educación, como flor que se obstina en crecer donde el aire la sembró al azar.

Fagerolles, el muy tuno, no exponía nada por temor á contrariar á sus maestros, lo cual explicaba, mofándose al propio tiempo del Salón, bazar infecto, donde la buena pintura quedaba ahogada por la mala. Para sí, en secreto, soñaba con la pensión en Roma, de la que se burlaba, como de todo lo demás.

Pero Jory se plantó en medio del cuarto, con el vaso de cerveza en mano, y mientras iba bebiendo á sorbos, dijo:

—¡Ya me está cargando el tal jurado! Decidme: ¿queréis que lo derribe? Desde el número próximo empiezo y le ametrallo. ¿Me daréis datos, verdad?... y lo echamos abajo... Será divertido.

Claudio acabó de exaltarse y el entusiasmo fué general. ¡Sí! sí; era necesario emprender la campaña. Todos tomaban parte en ella; todos se agrupaban para sentir el contacto de codos y marchar juntos á la batalla. Hervía su sangre juvenil, y ni uno solo, en aquel instante, ni uno solo se guardaba para sí su parte de gloria, porque nada los separaba todavía, ni sus profundas desemejanzas que ignoraban, ni las rivalidades contra las que habían de estrellarse con el tiempo. ¿Acaso el éxito de uno de ellos no era el éxito de los demás? Su generosidad desbordaba é intentaban el eterno sueño de crear un ejército para conquistar el mundo, contribuyendo cada cual con su esfuerzo propio, empujándose mutuamente, llegando todos en fila, formando un solo cuerpo. Ya Claudio, en su calidad de jefe reconocido, entonaba el canto de victoria, distribuía coronas, con tal efusión lírica, que llegaba á engreirse. El mismo Fagerolles, á pesar de su ca-

rácter chancero de parisiense, creía de buena fe en la necesidad de organizarse como un ejército; mientras que Jory, de más groseros apetitos, y sin haber soltado todavía el pelo de la dehesa, se deshacía en útil oficiosidad, recogiendo al vuelo algunas frases, preparando allí mismo los artículos que iban á dar á conocer á los de la pandilla. Y Mahoudeau exageraba su brutalidad deseada, como un tahonero amasando carne á puñetazos, y Gagnière, extasiado, como despojándose de su tendencia á las tintas grises de su pintura, refinaba la sensación hasta el desvanecimiento final de la inteligencia, y Dubuche, de convicciones sólidas se limitaba á soltar frases sueltas, más parecidas á fuertes golpes de mazo en medio de los obstáculos. Entonces Sandoz, satisfecho, riéndose de contento con verles tan unidos, embutidos en una sola camisa, como solía decir, destapaba otra botella de cerveza, y hubiera echado del mismo modo la casa por la ventana. En este punto clamó:

—Ya estamos; no abandonemos la obra... Esto es lo único bueno que existe: marchar de acuerdo, cuando se lleva algo en el caletre, y vayan al diablo los imbéciles.

Pero al llegar aquí le dejó suspenso un campanillazo. En medio del brusco silencio de los demás, repuso:

—¡A las diez!... ¿quién será?

Corrió á abrir; oyósele soltar una exclamación de alegría. Y volvió á poco abriendo la puerta de par en par, y diciendo:

—¡Tanta bondad!... Queremos algo, y venir á sorprendernos... Bongrand, señores,

El gran pintor, á quien el amo de la casa anunciaba con respetuosa familiaridad, se adelantó, tendiendo ambas manos. Todos se levantaron con viveza, conmovidos y satisfechos de

aquel apretón tan expresivo y cordial. Era el hombre grueso, tendría unos cincuenta años, el rostro afligido bajo largos cabellos grises. Acababa de ser nombrado académico y lucía en la solapa de su sencillo levitón de alpaca la cinta de oficial de la Legión de honor. Pero amaba á los jóvenes, y sus mejores escapatorias consistían para él en sorprender de cuando en cuando á aquellos principiantes, cuyo calor le reconfortaba, y echar con ellos una pipa.

—Voy á preparar el té—dijo Sandoz.

Cuando volvió de la cocina, con la tetera y las tazas, halló á Bongrand ahorcado en una silla, fumando en su pipa corta de barro, en medio de la renovada algazara. El mismo Bongrand hablaba con voz de trueno; nieto de un colono de la Beauce, hijo de un padre burgués, de sangre de campesino, educado por una madre muy artista. Era rico, no necesitaba vender, y conservaba ciertas aficiones y opiniones de bohemo.

—¡Vaya con el jurado!... Preferiría reventar á figurar en él...—decía gesticulando..—¿Soy acaso verdugo yo para plantar á la puerta á los pobrecillos que á lo mejor no tienen otro medio de ganarse la vida?

—Sin embargo—observó Claudio,—usted, formando parte de él, podría hacernos un gran servicio, defendiendo nuestros cuadros.

—¿Yo? ¡cá!... os comprometería... Mi opinión no pesa nada, no soy nadie.

Todos protestaron á gritos; Fagerolles exclamó con agudo acento:

—Si el autor de *La Noce au village* no importa nada...

Pero Bongrand se encolerizó: en pie, con el rostro encendido.

—Dejadme en paz con la tal *Noce*. Os advierto

que ya empieza á cargarme... Realmente, se va convirtiendo en mi pesadilla desde que la han colocado en el museo del Luxemburgo.

*La Noce au village* era, hasta entonces, su obra maestra. Representaba una comitiva de boda corriendo á la desbandada por un campo de trigo, compuesta de algunos campesinos pintados del natural, con mucha fidelidad, con cierto porte épico de héroes de Homero. De aquel cuadro databa una evolución, porque había traído una fórmula nueva. Tras de Delacroix y paralelamente á Courbet, era un romanticismo templado por la lógica, con más exactitud en la observación y mayor perfección en la factura, sin que aborudara, sin embargo, de frente la realidad, y sin la crudeza de la pintura al aire libre. A pesar de esto, la nueva escuela se declaraba adepta de aquel género.

—Nada tan bello—dijo Claudio—como los dos grupos de primer término, el fulano que toca el violón, y la novia con el viejo.

—¿Y aquella campesina alta—añadió Mahoudeau—que vuelve la cabeza en ademán de llamar á alguien?

—¡Y la ventolina que agita las mieses!—continuó Gagnière—y en último término las dos manchas de la niña y el joven que se empujan!

Bongrand les escuchaba mortificado y con dolorida sonrisa, y como Fagerolles le preguntase qué estaba haciendo ahora, respondió encogiéndose de hombros:

—Nada; cosillas... No expondré nada este año; quisiera hallar un asunto que diese golpe... ¡Ah, qué felicidad la vuestra!... hallaros todavía al pie de la montaña. ¡Qué buenas piernas y qué valor cuando se trata de subir! Pero cuando uno ha llegado... ¡al demonio!... ¡entonces empiezan los quebraderos de cabeza! ¡Qué tortura, y qué pu-

ñetazos, y qué esfuerzos, siempre renacientes por el temor de largarse más que de paso!... De veras... es preferible hallarse todavía abajo y tener que hacerlo todo aún... Reid cuanto gustéis, ya veréis, ya veréis con el tiempo...

La pandilla reía, en efecto, creyendo que se trataba de una paradoja, de una afectación de hombre célebre, muy excusable según su opinión. ¿Por ventura no era el supremo gozo ser saludado como él, con el nombre de maestro? Apoyándose cruzado de brazos sobre el respaldo de la silla, renunció á ser comprendido, y escuchóles silencioso, fumando su pipa con lentas chupadas.

Con esto, Dubuche, que tenía condiciones de hombre casero, ayudaba á Sandoz á servir el té. Volvió á reinar la algazara. Fagerolles estaba contando un rasgo admirable de Malgrás, que prestaba como modelo á una prima de su mujer, á quien le quisiese hacer una academia. De aquí recayó la conversación en los modelos. Mahoudeau estaba furioso porque no se encontraban apenas buenos vientres; era imposible hallar un vientre que valiese la pena. De súbito creció la gritería; felicitaban á Gagnière porque, en sus reuniones musicales del Palais-Royal, había dado con un aficionado, medianamente rico, cuya única prodigalidad consistía en comprar cuadros. Los amigos, en broma, querían conocer las señas de su domicilio; empezaron á menospreciar á los tratantes en pinturas, ¡miserables tacaños que sitiaban por hambre á los artistas! Era realmente lastimoso que el aficionado desconfiara del pintor, y se empeñase en querer un intermediario por obtener rebaja en el precio! Esta cuestión de pan los exaltaba extraordinariamente. Claudio manifestaba por ella profundo desdén: verdad que los saqueaban, pero ¿acaso importaba un comino, cuando se había llegado á producir una obra

maestra, con que tuvieran sólo agua que beber? Como volviese Jory á manifestar sus miras de mezquino lucro, los demás se indignaron. ¡Abajo el periodista! Sujetáronle á severo interrogatorio: ¿por ventura vendería su pluma? ¿no se dejaría cortar la mano antes que escribir algo contrario á sus opiniones? Ni siquiera aguardaron la respuesta, la fiebre iba creciendo; habían llegado á la hermosa locura de los veinte años, el desprecio del mundo entero, la pasión de crear una obra, despojada de toda imperfección humana, y puesta por encima de todo como un sol. ¡Qué vivo deseo! ¡abrasarse, consumirse en aquella hoguera que alimentaban con su propio ardor!

Bongrand, inmóvil hasta entonces, volvió á su gesto dolorido, en presencia de aquella confianza ilimitada, aquel júbilo estrepitoso del asalto. Olvidaba en aquel instante los cien cuadros que habían afianzado su gloria para pensar únicamente en el parto de su última obra cuyo esbozo había dejado en el caballete. Y quitándose la pipa de la boca, con los ojos humedecidos de ternura, murmuró:

— ¡Oh, juventud! ¡juventud!

Hasta las dos de la madrugada, Sandoz que se multiplicaba, estuvo echando agua caliente en la tetera. Ya no se oía en todo el barrio, anonadado de sueño, sino los maullidos de una gata loca. Todos divagaban, borrachos de palabras, con la garganta seca, los ojos encendidos, y cuando decidieron por fin á marcharse, Sandoz cogió el quinqué y salió á alumbrarlos por el ojo de la escalera, no sin decirles muy bajo:

— No hagáis ruido, que mi madre duerme.

El apagado rumor de las pisadas fué perdiéndose escalera abajo, y la casa se sumergió en profundo silencio.

Daban las cuatro. Claudio, que acompañaba á

Bongrand, seguía charlando sin parar por las calles desiertas. Se empeñaba en no acostarse y en aguardar la salida del sol, devorado por la impaciencia y el deseo de volver á su cuadro. Esta vez estaba seguro de hacer una obra maestra, exaltado por aquella jornada pasada entre amigos, y con la cabeza pesada y con el peso de un mundo. Por fin, volvía á hallar la pintura y se imaginaba ya entrando de nuevo en el taller, como se vuelve á la casa de la mujer querida, palpitante el corazón, y desesperado ahora por aquella ausencia de un día, semejante para él á un abandono eterno; y se iba directamente al cuadro, y en una sesión realizaría su ensueño. En tanto, cada veinte pasos, á la vacilante claridad de los mecheros, Bongrand le detenía cogiéndole por la solapa, para repetirle que la pintura era un oficio de todos los demonios; por más que había hecho, no sabía aún una palabra. Cada vez que emprendía una obra nueva ¡como si empezase! era cosa de dar con la cabeza contra las paredes. El cielo se aclaraba; discurrían algunos hortelanos en dirección á los mercados, y uno y otro continuaban andorreando, hablando cada cual para sí, á gritos, mientras iban palideciendo las estrellas.